

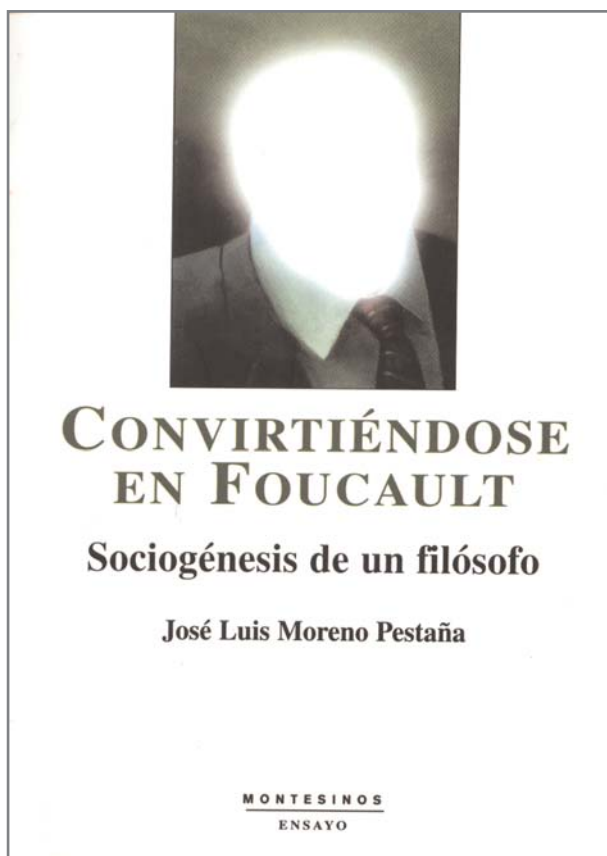
reseña

## *La desmitologización del autor-sujeto*

por Juan Pedro García del Campo\*

Casi simultáneamente –y eso ya es, en sí mismo, un síntoma de singularidad– fue publicado a principios de año en francés (en las Éditions du Croquant que preparan ya su segunda edición) y en castellano (en la colección de ensayo de la editorial Montesinos) un libro de José Luis Moreno Pestaña que lleva por título *Convirtiéndose en Foucault*. El subtítulo es más claro sobre su contenido; se trata de reconstruir –y es ahí donde la singularidad se concreta– la sociogénesis de un filósofo (de Foucault, por supuesto).

El ámbito de trabajo explícito del libro, su objeto, se circunscribe básicamente al análisis de la producción teórico-erudita de Michel Foucault mientras permaneció en la École Normale Supérieure (ENS) antes de la aparición de sus primeros grandes textos (hay que recordar que la *Historia de la locura* sería publicada en 1961); el análisis, así, se centra en las circunstancias que rodean y permiten entender el contenido de, fundamentalmente, tres trabajos: la larga introducción que Foucault escribió para la publicación francesa de *El sueño y la existencia* de L. Binswanger, su *Enfermedad mental y personalidad* (textos ambos publicados en 1954) y un artículo titulado “la investigación científica y la psicología” publicado en 1957 pero, según argumenta Moreno Pestaña, redactado seguramente en 1956: trabajos, todos ellos, escritos por un Michel Foucault que no era aún el Michel Foucault que ha pasado a la historia de –al menos– la filosofía. Y ese es uno de los focos de interés del libro en cuestión: tanto por su temática como por su método; tanto por tematizar unas obras prácticamente olvidadas por la mayor parte de los estudiosos de la producción foucaultiana como por ser un estudio de la manera en que se gesta y se pro-



\* reseña del libro *Convirtiéndose en Foucault*, de José Luis Moreno Pestaña (Barcelona, Montesinos, 2006).

duce una perspectiva teórica que “toma cuerpo” en una individuación que acaba constituyendo una posición sin la que no sería comprensible la articulación de las prácticas simbólicas de toda una época: un cierto *habitus*.

*Convirtiéndose en Foucault*, pues, busca en las primeras producciones de Michel Foucault (en ellas mismas, tomadas como producciones “efecto-causales” de una posición –construida o en trámite de constitución–) los elementos con los que proceder a una novedosa forma de “sociogénesis”. Novedosa porque –como señala Francisco Vázquez en el prólogo a la edición castellana– no se limita a utilizar las aportaciones metodológicas avanzadas en el también novedoso campo de la sociología de la producción filosófica (recomposición de la trayectoria que construye una identidad determinada y análisis de la inserción de esa construcción en un espacio social –en un campo– que se articula también como un “espacio de posibles”) sino que, para poder dilucidar las diversas posiciones de anclaje en ese espacio de posibles y las diversas opciones en él tomadas, incorpora de manera decisiva el análisis de los textos en que se materializa: las estrategias retóricas y los esquemas conceptuales que son utilizados en/para la delimitación de los problemas y en/para la fijación de posiciones. Si lo primero es importante por la clarificación que introduce sobre unas obras –sus primeros trabajos– que no son consideradas habitualmente parte del “corpus” foucaultiano (en todo caso meras obras de formación); lo segundo no lo es sólo por “exceder” la presentación explícita, por ser un “algo más” de la intención anunciada: es, en mi opinión, el verdadero asunto que articula el libro como una apuesta –al menos– metodológica.



El trabajo de Moreno Pestaña es importante por la efectiva materialización del contenido anunciado en su título, pero además por su apertura –no totalmente explícita– de unas vías para el trabajo teórico que ponen en cuestión los límites que la academia y, en general, el “pensamiento ordenado”, establece en las investigaciones sobre los pensadores y sobre el pensamiento. Lo primero, porque efectivamente el libro muestra cómo la obra de Foucault responde a la confluencia de unas circunstancias que cabe pensar desde la noción de “sociogénesis” (y no sólo la obra de Foucault, porque en el libro hay también con qué pensar la pertinencia de un

análisis semejante referido a otros autores de su tiempo –a un cierto “barrio” parisino–); lo segundo porque después de su lectura queda claro que eso a lo que aludimos con el referente “Foucault” –y que no es sólo un conjunto de reflexiones o afirmaciones, que no es sólo una “obra”– es el resultado de un proceso (de “conversión”): un *productum*, pues, y no un *subjetum*; un *efecto* y no un *dato* –sin más determinación– *originario*.

Moreno Pestaña tiene claro al respecto que si el análisis sociológico de un intelectual puede plantear como uno de sus principales desafíos el de establecer una “propensión” –por más que éste sea un término poco feliz que debe utilizarse sólo de manera provisional– a actuar de una manera determinada en el campo intelectual, a adquirir *disposiciones intelectuales específicas*, esa “disposición” –la “historia hecha cuerpo”, Bourdieu *dixit*– es resultado de una experiencia social

del mundo y no puede ser identificada sin establecer el contexto específico –la “historia hecha cosas”– en el que se pone en funcionamiento (p. 46); y desde esta consideración se entiende el objetivo del libro como un poner de manifiesto las formas –que nunca pueden ser pensadas en términos de correspondencia “mecánica”– en que una “experiencia individual” tiene que vérselas con trayectorias “posibles” que son claramente alternativas y, en ocasiones, opuestas.

Prácticamente la primera mitad del libro está dedicada a la reconstrucción del abanico de posibles que constituyen el marco en el que Foucault se inserta y en el que tiene que construir su propia “trayectoria”. Desde la secuencia de acontecimientos sociales y familiares que le hacen recalar en la École Normale Supérieure hasta las cuestiones emocionales que singularizan su presencia en la misma, pasando por la estructuración de las circunstancias que prefiguran los centros iniciales de interés de las discusiones que entabla y de los diversos trabajos académicos que acomete, el texto va dibujando un panorama en el que la construcción de la posición de Foucault se traba necesariamente con las características del espacio intelectual en el que empieza a desplegarse su actividad. En este sentido, el autor va alejándose paulatinamente de una inicial focalización del interés en las circunstancias más personales para acabar delimitando como objeto de análisis, precisamente, la específica articulación del espacio social mismo, entendido –en el más estricto sentido “bourdiano”– como un *campo*: un campo en el que se establecen diferentes posiciones relacionales y en el que se pugna por ocupar unas mejor que otras.



La reconstrucción teórica del campo intelectual de la filosofía francesa de los años 50 y de la forma en que se prolonga-reproduce en el marco reducido de la ENS es un logro no menor del libro que reseñamos: un universo en el que los “asuntos” en los que hay que batirse están claros (la relación entre la filosofía y la psicología, la disputa en torno a la fenomenología y/o a la validez alternativa del hegelianismo, la cuestión del conocimiento y, más particularmente, del conocimiento en relación con la discontinuidad: ya fuera la discontinuidad error/ideología/conocimiento ya la discontinuidad entre la norma y lo particular o entre lo normal y lo patológico); un universo en el que están claros los “paladines del pensamiento” (de Sartre o Merleau-Ponty a Cavaillès, Bachelard o Koyré, pasando por Hyppolite, Wahl, Beaufret, Bataille o Klossowski, cual “representantes” de líneas de pensamiento que exceden, por supuesto, el ámbito francés: Hegel, Nietzsche, Marx, Freud, Husserl, Heidegger); un universo, en fin, del que sólo se puede formar parte después de superar el imprescindible “meritoriaje” que juega con la integración y la distinción y que permite acceder al terreno de los elegidos (en pugna, pues, con el resto de “aspirantes” a ocupar los huecos que pudieran producirse en su estructura). En todos esos terrenos –el de los “asuntos”, el de los “paladines”, el de las “aspiraciones” y el de los “méritos”–, además, batalla abierta y necesidad de opción.

En la ENS, a la que Foucault se incorpora en 1946, se reproducen en parte las marcas de articulación del campo filosófico de la época, siendo además, en gran medida, el lugar desde el que de manera privilegiada se accede a ese campo humanístico-filosófico en la Francia del momento. *Convirtiéndose en Foucault* reconstruye las problemáticas relaciones del joven Foucault con sus

compañeros de residencia, con el grupo de compañeros y profesores comunistas entre los que encuentra su primer espacio de interrelación política e intelectual, y con las instancias propiamente académicas (la importancia personal y relacional que, por ejemplo, tiene su suspenso en el primer examen de agregación -1950- al que se presenta) mostrando cómo –tanto por la día de las discusiones teóricas (la polémica de las “dos ciencias” o la cuestión de las diversas formas de abordar la fenomenología) cuando por la vía de las experiencias subjetivo-emocionales (los diversos episodios depresivos, ligados al peso evidente de la posibilidad del fracaso)- la problemática de la enfermedad mental acaba volviéndose decisiva para el desarrollo del trabajo posterior del joven Foucault.

Este “desembocar” en la cuestión de la enfermedad mental y, sobre todo, del tratamiento teórico que le sea más pertinente, no sólo se muestra como una culminación posible de las cuitas “familiares” que le acercan-enfrentan al campo “paterno” de la medicina sino que, además, le coloca precisamente ante un problema que se situaba de manera central en la agenda intelectual de los



aspirantes a filósofos (p. 51): una cuestión que, situada por definición en un límite-nodelimitado entre perspectivas y disciplinas tanto teóricas como prácticas, permite mejor que ninguna otra jugar a las identidades y a las singularidades. Por su “objeto”, esta cuestión refleja a la perfección la discusión sobre la salud y la enfermedad, la normalidad y la diferencia –ya “singular”, ya “patológica”- o, simplificando al máximo, la disputa sobre la vida y la experiencia temporal que recorre las distintas formulaciones de la fenomenología; por sus “implicaciones metodológicas” permite también poner en práctica las habilidades adquiri-

das para intentar entender y explicar el papel y la especificidad de la ciencia, tanto en relación con la filosofía como en relación con la ideología o con la vida misma.

En el encuentro de esas polémicas, tal y como muestra Moreno Pestaña, Foucault, después de superar el examen de agregación, ha jugado a entenderse a sí mismo desde la imposible figura del “comunista-nietzscheano”, vale decir –a falta de de una elaboración reflexiva sobre el significado de esta expresión (p. 110)-, la opción del que, sin querer alejarse totalmente de su primer núcleo de relaciones *normaliens*, busca construir una posición intelectual más respetable y menos comprometida políticamente de la que recorren otros personajes –ya alumnos, ya profesores- de la ENS.

Tras aprobar la agregación, la salida de la ENS supuso, en primer lugar, la necesidad de adentrarse en el universo laboral –asunto que le lleva de la Fundación Thiers a la universidad de Lille y, allí, a impartir clases en la ENS de 1951 a 1955- y ello implicará, necesariamente, plantearse como cuestión determinante ante los posibles abiertos la de la toma de una decisión que determine el terreno disciplinar en el que se moverán sus preocupaciones: ese será el espacio en el que terminará de estabilizar el *habitus* foucaultiano. Presentándose en Lille con un perfil de “filósofo de la psicología”, Foucault no hace sino reproducir la indefinición de una apertura no-cerrada del universo de posibles, trasladar al futuro la urgencia de la elección. A partir de ese momento sus distintos escritos manifiestan precisamente la tensión entre las posibilidades abiertas y las estrate-





gias que Foucault utiliza para moverse entre ellas... y, finalmente, el establecimiento de una posición, la elección que “toma cuerpo”.

Moreno Pestaña muestra cómo en la larga introducción al libro de Binswanger se reproduce esa tensión y esa indefinición. Escribir esa introducción, sin duda, en sentido estricto, no fue una elección de Foucault; fue, más bien, una propuesta que –exigencias del meritoriaje– no se puede rechazar. Pero en ella Foucault aprovecha bien las oportunidades que se le ofrecen para apropiarse al autor mismo con vistas a sus propios intereses: una apropiación del tema abordado (la cuestión de la naturaleza de la imagen, asunto de una

alta importancia, en el que demostrar la propia destreza y al que se habían enfrentado autores de la categoría de Alain, Husserl, Sartre o Merleau-Ponty) y de la función intelectual que el tema de la imaginación jugaba, precisamente, en la delimitación de las fronteras disciplinares. Foucault juega a apropiarse de un “psiquiatra existencial” para, desde él, “hacer cuentas” con el freudismo (Freud permanece en la dimensión semántica del sueño sin ser capaz de analizar sus dimensiones morfológicas y semánticas: el psicoanálisis ignora la estructura del imaginario en el sueño, pp. 113-114), con Husserl (que, aunque intentó diferenciar entre índice y significación precisando así la semántica freudiana, no supo ver que el mundo de significantes, el mundo imaginario, queda reducido en su arquitectura teórica a la subjetividad que se expresa en él, p. 116), con Sartre o con Bachelard, en quienes, en el mismo sentido, al entender la imagen como una “casi-percepción” o como culminación del movimiento de la imaginación, se denuncia una inesperada y curiosa claudicación ante el empirismo. En este punto de la obra, el autor de *Convirtiéndose en Foucault* introduce un *excursus* que, en un gesto de reconocimiento a la inspiración teórica del procedimiento, recuerda el modo en que Louis Pinto “tipifica” las diversas producciones filosóficas (la referencia fundamental es a *Les philosophes entre le lycée et l'avant garde*, París, L'Harmattan, 1987, pp. 26-34) para mostrar cómo Foucault está poniendo en práctica en la introducción a la obra de Binswanger las más habituales estrategias discursivas presentes en el trabajo de los filósofos: una muestra de oficio y de dominio de los procedimientos disciplinares que le son propios.

Frente a las posiciones “parciales” de los filósofos aludidos, Foucault reclama una necesaria culminación que entienda la imaginación –y aquí la apropiación de Heidegger resulta paradigmática– como expresión (inmanente, cabría decir) del movimiento mismo de la existencia, sin que pueda reducirse en modo alguno al mundo (de lo) empírico ni someterse a su primacía. La imaginación, pues, como un dato existencial... y la tarea del filósofo de la psicología como posibilidad de la *fansis* creadora, de la potencia ilimitada de la singularidad de lo humano.

Si en la introducción al libro de Binswanger, a propósito de la psicología existencial, se juega, por así decir, la competencia del joven Foucault para manejarse entre los grandes de la fenomenología, en *Enfermedad mental y personalidad* lo que está en juego es el atenerse de la exposición al rigor de la discursividad científica, a la exigencia de científicidad para la psicología. Así, en esa operación, Foucault confronta su posición con las tesis de la psicología científica del momento (el programa de trabajo pauloviano y tesis de un contenido “sociológico” de carácter más o menos marxista): la definición de enfermedad como desvío, señala Foucault, renuncia a comprender

cómo buena parte de las estructuras sociales existentes se coagulan en el rostro ridiculizado de los enfermos mentales. La reivindicación del paulovismo como apuesta, aunque marcada políticamente en los años 50, marcaba más aún científicamente y, en concreto, contra la filosofía de Merleau-Ponty (p. 170); de hecho, tras la reivindicación de la importancia de las consideraciones históricas y sociológicas, Foucault reintroduce la necesaria toma en consideración de los componentes fisiológicos de la enfermedad mental, poniendo al margen tanto el “sociologismo” como el “psicologismo”. De este modo, a partir de lo que inicialmente era simplemente (según la reseña de Roland Caillois de 1955) un buen libro, una puesta al día y una toma de posición sobre la cuestión de la enfermedad mental y la personalidad individual, supone una afirmación de tal calado que nunca estuvo Foucault más cerca de abandonar la filosofía y dar el salto a las ciencias sociales (p. 172) y es, por tanto, frente al aparente “cierre” producido por la introducción al libro de Binswanger, una muestra más de la tensión abierta ante el Foucault de 1953: Foucault ahora apuesta más que por una psicología “filosófica”, por una teorización de la cientificidad de la psicología; si se quiere, es un psicólogo crítico interesado en las cláusulas de cientificidad de esa disciplina-objeto.



hay de más humano en el hombre, es decir, su historia (entendida en el sentido de la heideggeriana historicidad del *Dasein*).

Los posibles están nuevamente en juego, desplegando su potencia disgregadora: la indefinición del proyecto... las dudas sobre la mejor manera de encontrar una posición *propia*.

Moreno Pestaña muestra cómo esa tensión, de alguna manera, ha quedado resulta en “La investigación científica y la psicología”: un texto —escrito en 1956 y publicado, como señalábamos más arriba, en 1957— que afirma una posición de manera mucho más clara que cualquiera de los anteriores. Ciertamente, en este punto se echa de menos un mayor desarrollo por parte del autor: siendo el momento en que se establece una posición que se prolongará en las grandes obras foucaultianas, y siendo en parte ésta una de las cuestiones que tiene que determinar el libro, las causas que explican la estabilización de un *habitus* podrían haberse detallado con mayor detenimiento. Sin embargo, ello no obsta para que lo fundamental esté claramente establecido. En el análisis de este artículo, el autor del libro empieza afirmando que en un primer análisis de la manera “mucho menos prudente” con la que aborda su objeto se percibe que lo hace con una escritura mordiente, que denota (p. 185) que su porvenir como psicólogo ha dejado de inquietarle. Y esa es en buena medida la cuestión: su porvenir disciplinar como psicólogo —su perfil profesional, su orientación

En un artículo de 1953 (publicado en 1957), “la psicología de 1850 a 1950” se prolonga este cuestionamiento científico de la psicología desde una inspiración que parte de Bachelard y Canguilhem... pero volviendo a la inspiración que de algún modo animaba la introducción a Binswanger. La tensión entre los posibles se reformula: la psicología es incapaz de anular su propia esencia contradictoria... que deriva de su irresoluble dependencia temática respecto del hombre mismo; no puede florecer como un lenguaje que se atenga en todo al rigor de lo científico y, así, debe tomar en serio (p. 184) lo que

“laboral” podríamos decir si nos moviéramos en un ámbito distinto del campo de la alta intelectualidad- ha dejado de preocuparle. ¿Por qué? Si continuamos con la metáfora... la cosa se hace clara: alguien deja de preocuparse por un trabajo que tiene en precario... porque ha encontrado uno distinto: más seguro o con mejor sueldo.

¿Por qué ha dejado de preocupar a Foucault su porvenir como psicólogo? En primer lugar, la evidencia de la escasa determinación científica de la disciplina (una disciplina en la que se puede elegir ser científico o no: un escándalo) determina que en la Francia de 1956 la psicología tenga todos los rasgos de una “vocación negativa” (una elección que se realiza cuando es imposible acometer otras de mayor altura): si en sus primeros escritos Foucault estuvo tentado por la psicología, ello era sólo –los primeros capítulos del libro así lo han mostrado- porque en ella veía la posibilidad de un saber de la normalidad y de la patología... contra la medicina. En “La investigación científica y la psicología”, precisamente, se hace ese recorrido por la científicidad imposible del saber psicológico restringiendo toda su posible validez en los efectos de verdad que sus tesis tienen en algunos de sus lectores y practicantes, y adoptando frente a ella la mirada de quien ya no la interroga desde la lógica de la científicidad sino desde el ángulo de su práctica... y del análisis de los efectos que esa práctica comporta. Como en el Canguilhem de la misma época –y Moreno Pestaña sugiere más que afirma alguna relación entre el artículo de Foucault y una conferencia suya en 1956 en el *College de France*-, la psicología–por ser una “mezcla” de corrientes inconciliables sin la menor comunicación científica- no llega a situarse en esa encrucijada entre las ciencias y las prácticas en la que la medicina tiene su grandeza; por ello, mientras que la medicina fue capaz de pensar su inconsciente “político”, la psicología sólo puede ser una seudociencia que conecta con la tradición del psicólogo-policia; si la psicología rechaza a la filosofía su destino será montar guardia en los calabozos (p. 201).

Evidentemente, pues (pero es algo no-dicho explícitamente en el libro que reseñamos): a Foucault no le preocupa ya su porvenir profesional como psicólogo... porque ha encontrado otro trabajo; ha descubierto –Canguilhem mediante- su propio campo: el del pensador que descubre y muestra las trazas de lo político en la práctica teórica: en la práctica psicológica y en cualquier otra. Foucault se convierte, pues, en Foucault, encontrando su definitivo lugar en el campo.

En mi opinión, el texto de Moreno Pestaña es interesante porque clarifica las circunstancias en las que Foucault se convierte en Foucault; es interesante porque permite conocer a Foucault en un periodo en el que es poco conocido... pero más interesante aún que lo que dice de Foucault es, como decía al empezar estas páginas, lo que hace con él: entender su singularidad como “producto” y mostrarle como resultado de un determinado modo de configuración del campo intelectual: permitir pensar la estrechísima relación entre una discursividad y el mundo en el que esa discursividad se gesta. Apoyándose en los conceptos forjados por la tradi-





ción bourdiana y por la utilización que de ellos se ha hecho para adentrarse en el análisis de lo que podríamos llamar sociología del campo intelectual, Moreno Pestaña aborda una cuestión que, referida a otros autores, se ha abordado en otras ocasiones con resultados mucho menos interesantes.

Aunque no quiero abrir aquí una discusión que –ahora- no tendría sentido, para precisar el sentido de la magnífica impresión que me produce el trabajo que comentamos (en sí mismo y por las perspectivas que abre para realizar nuevos análisis) necesito hacer una referencia a la manera en que entiendo la aportación que Bourdieu hace al análisis de las dinámicas sociales. Espero se me perdone la simplificación obligada. Para Bourdieu los campos sociales son espacios de juego históricamente constituidos con sus instituciones específicas y sus leyes de funcionamiento propias, que se constituye básicamente como un campo de fuerzas y al mismo tiempo como un campo de luchas destinadas a conservar o a transformar ese campo de fuerzas. En todo campo hay un tipo de capital en juego y unos determinados intereses en torno a la distribución y disposición del capital.

Pensar una sociedad en términos de campos más o menos autónomos en los que se juega un determinado y específico tipo de capital es la manera en que la escuela de Bourdieu ha intentado resolver un hueco que estaba presente en el materialismo histórico, en cuya virtud siempre le fue difícil hablar de la producción simbólica, sobre el que Althusser había insistido particularmente. Althusser decía que la metáfora espacial que utilizaba el marxismo para explicar el funcionamiento de las diversas sociedades, y que hablaba de infraestructura y superestructura –más allá de las virtualidades que efectivamente posee-, denota un déficit conceptual, un vacío, que hace difícil referirse a la efectividad de las acciones y las luchas en un ámbito que no fuera el de una infraestructura “determinante en última instancia”; esto es, hacía difícil referirse a las dinámicas propias de lo no-económico. Ciertamente, en la obra del propio Althusser había un intento de, pensando la “ideología” y los “Aparatos Ideológicos de Estado”, rellenar ese impensado conceptual; pero se debe reconocer que



ese proyecto no ha sido continuado satisfactoriamente más allá de las excepciones que pueden encontrarse en algunos análisis singulares y aislados. La tradición althusseriana no ha rellenado el vacío de la efectividad constructiva de la ideología. Bourdieu sí lo ha hecho. Desde la obra de Bourdieu cabe pensar el espacio social como un espacio en el que, además de la distribución del capital económico, se juega la distribución del capital social, del capital cultural y del capital simbólico; en el espacio social, además, cada individuo ocupa un lugar estructural en función de su relación con todos y cada uno de esos tipos de capital, cuya distribución se juega en un *campo* específico.

La arquitectura conceptual de Bourdieu permite pensar –como no permite hacerlo otro modelo de origen marxiano- las más diversas dinámicas sociales.

Personalmente, en tanto que convencido de la potencia explicativa de las intuiciones althusserianas, siempre me ha irritado la obra de Bourdieu. En buena medida entiendo que es un prejuicio, y por eso lo explícito: esa manera “bourdiana” de apropiarse de una problemática abierta por Althusser... sin citarle, esa forma de recuperar algunos elementos que proceden de la tematización



de los AIE... sin decirlo, esa forma de obviar la centralidad (digo centralidad, no existencia) de las relaciones de producción... mediante el expediente de multiplicar los campos y los tipos de capital en juego y, además, hacerlo a partir del supuesto de una autonomía relativa de los campos... que muchas veces me pareció, por una insuficiente tematización de eso “relativo”, una “autonomización-absoluta-en-la-práctica”. Sin embargo, siempre he reconocido también que Bourdieu rellena un vacío conceptual que no se ha rellenado de otro modo... y que además permite pensar las actuaciones y los conflictos en el ámbito simbólico (teórico, artístico, literario... en fin, el ámbito del trabajo intelectual) con una seriedad y un rigor que nunca tendrán esos supuestos marxistas que se empeñan en presentarlas como simples “asuntos de dinero”. Permite además, y eso es más importante, pensar la determinación social de lo que no es solo “infraestructural” o “económico”... sin caer en el reduccionismo economicista o en la simplificación mecánica (cuyo paradigma encuentro en el –por otra parte magnífico- trabajo de Lucien Goldmann en *Le dieu caché*)



El trabajo que Moreno Pestaña ha realizado sobre la obra de Foucault me parece particularmente interesante porque pone al margen –al menos en la práctica- buena parte de los reproches que el cuerpo (ese *habitus* en el que se particulariza lo social) me pide siempre hacerle a una lectura que parte de Bourdieu para tematizar las relaciones sociales: y sospecho que no es casualidad sino, antes bien, opción intrínsecamente ligada a la posibilidad de elaborar un intento de sociogénesis; sospecho que, de algún modo, en esa sociogénesis hay algo que impone la reducción de los límites de la autonomía del campo en cuestión (*hic Rhodus, hic salta!*).

A propósito de la autonomía del campo filosófico y de la manera en que los diversos filósofos construyen sus discursos, Bourdieu señalaba (en un texto recogido en una nota al pie de página en *Convirtiéndose en Foucault*) que para evitar la reducción sociologista del lenguaje filosófico a la experiencia social del individuo, “la discusión sobre ‘el sentido’ de los textos filosóficos, tan grata al eterno comentario hermenéutico, puede sustituirse por un dispositivo de comprensión sociológica del lenguaje filosófico”. Me permito repetirlo: frente a la hermenéutica, decía Bourdieu, un dispositivo de comprensión sociológica del lenguaje filosófico. Pues bien, en la obra de la que hablamos no hay análisis hermenéutico pero tampoco –salvo mejor interpretación-comprensión del “lenguaje filosófico”. No se hace en ella cuestión de lenguaje filosófico alguno (así me lo parece), sino de otra cosa: de la temática abordada, de la posición que se adopta en ella, y de las estrategias discursivas que se utilizan en cada momento para adoptar una posición u otra. Lo que fija la posición, lo que determina la identidad o la singularidad, lo que establece la distinción, ni es el “sentido” ni es el “lenguaje filosófico”, sino la inserción discursiva en unas problemáticas que constituyen el elemento central en torno al que se juegan las distintas posiciones del campo, pero que vienen claramente determinadas “desde fuera del campo” o que, cuando abordan asuntos que parecen no tener correlato “exterior”, modulan también sus variaciones al ritmo de una exterioridad que, en todo caso, actúa de manera efectiva.

No desarrollaré mucho más esto que son sólo “impresiones”; sólo pondré algún ejemplo rápido que, de alguna malvada manera, he adelantado en el curso de lo que vengo diciendo: las disputas en torno a los análisis fenomenológicos sobre la temporalidad humana no pueden entenderse al margen de las efectivas formas de articularse en la práctica las diversas formulaciones políticas (los tanques rusos recorriendo las calles); las disputas en torno a la ciencia no pueden entenderse sin las diversas derivas del famoso caso Lissenko; sólo puede entenderse que a Foucault deje de preocuparle su porvenir como filósofo... porque ha encontrado un-nuevo-trabajo: y no deja de ser curiosa esta posibilidad de utilizar una metáfora “laboral” para pensar la sociogénesis.

*Convirtiéndose en Foucault*, quiero insistir en ello seriamente, abre una perspectiva de trabajo que se aleja tanto del “mecanicismo economicista” como de las sublimaciones de la actividad intelectual que hipostatizan las obras y los autores situándolos en el ámbito del genio y al margen de las dinámicas sociales.

Echo de menos algo: el análisis de las dinámicas que, ya situado en el campo, hacen de Foucault un particular poseedor de capital (cultural, intelectual, simbólico) en pugna con otros poseedores de capital. No es un defecto de la obra de Moreno Pestaña, sino una peculiaridad que se deriva de un análisis que busque construir la sociogénesis de un filósofo: la centralidad de lo “genético” excluye quizá el análisis de la dinámica “estructural” en la que ese filósofo adquiere una posición y de la manera en que interactúa para mantenerla.

